
Casi Monólogo

Joaquín Dicenta

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6070

Título: Casi Monólogo
Autor: Joaquín Dicenta
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 13 de diciembre de 2020
Fecha de modificación: 13 de diciembre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Casi Monólogo

Estábamos solos. Ella enfrente de mí, provocadora, incitante, brindándome en silencio sus espléndidos dones; su perfume, que hacía estremecerse mis nervios con avarienta voluptuosidad; sus tonos de color, que excitaban en mí el ansia de acercar los labios e ir absorbiendo entre pausas, prolongadoras del deleite, la esencia de su vida, que yo y nadie más que yo tenía derecho a poseer; su alma, que se transparentaba bulliciosa y enérgica al través de los múltiples y artísticos estremecimientos que la agitaban cuando mi mano se alzaba por encima de la mesa para tocar la muselina protectora que la envolvía; toda ella, en fin, porque de toda ella necesitaba mi espíritu fatigado y entristecido por esta lucha que, llamándose existencia, eleva el fastidio a la categoría de imposición.

No era posible resistir más; su virginidad esplendorosa me atraía, y a trueque de merecer fama de libertino, extendí el brazo, la ceñí con mi mano temblorosa de deseos y, oprimiéndola cariñosamente, la levanté del sitio que ocupaba con lentitud mimosa, elevándola despacio, muy despacio, hasta que la puse cerca de mi boca y dejé extasiarse la mirada en sus matices de oro, sobre los cuales se quebraban, descomponiéndose en mil y mil luminosas facetas, los rayos de sol que se introducían de contrabando por la entreabierta ventana de aquel cuartucho miserable.

Porque era una copa de Jerez la que yo tenía en la mano, la que excitaba los apetitos de mi carne, la que reflejándose en mis pupilas con sus cambiantes de oro y sus reverberaciones de ámbar, excitaba las fibras todas de mi organismo, anunciándoles placeres y alegrías entrevistos por mí en el

fondo transparente de la copa cuyo limpio cristal acariciaba con los dedos. Mi corazón, henchido de penas, hallábase necesitado de venturas, y el Jerez podía proporcionármelas. ¿Artificiales?, puede; ¿y qué importa? ¿Acaso las que tomamos por verdaderas lo son?

Eso dicen algunos, pero yo no lo creo; he visto desvanecerse tantas dichas que me ofrecieron como eternas, tantos afectos que me aseguraron como inacabables, tantos placeres que me vendieron por infinitos, que desde hace algunos años, posteriores a los que necesito para volverme viejo, siendo joven aún, considero todo cuanto se ha dado en llamar felicidades humanas como una embriaguez que perturba un instante y se aleja enseguida, sin marcar otras huellas de su paso que las amarguras del recuerdo. Entre ellas y las que el vino proporciona, ¿qué diferencia existe? ¡Ninguna! Borracheras son éstas, borracheras son también aquéllas; cuando terminan las segundas, dejan mal gusto en el paladar; cuando concluyen las primeras, imprimen un dejo amargo en el alma; he aquí lo que resta. Sedimentos alcohólicos en el estómago, memorias dolorosas en el cerebro; esto es todo, con una diferencia: de una borrachera sola no queda rastro; un desengaño lo graba tan hondo que no puede borrarse nunca.

Yo estaba muy triste, ya lo dije antes; pero las repeticiones son tan naturales cuando se trata del Jerez, que bien pueden permitírseme a mí las que cometa en este artículo. Estaba muy triste y érame preciso disipar la tristeza con aquel líquido delicioso, que a semejanza de la Eucaristía (permítaseme la irreverencia), da vida al cuerpo y salud al alma si le conviene.

Acerqué, pues, la copa a mis labios y fui vaciando su contenido con premeditada pereza, afanoso de que mi paladar lo saborease íntegro, sin desperdiciar nada absolutamente; y así fue pasando el Jerez por mi garganta codiciosa, extendiéndose luego por mis venas, avivando mi sangre, sacudiendo mis nervios y elevando a mi cerebro sus

locos vapores para ofrecerle un panorama digno por su belleza de producir envidia y afán de imitarlo al más célebre paisajista que maneje pinceles en el mundo.

Como evocada por el conjuro mágico de una hechicera, surgió de entre aquellos vapores que danzaban por el interior de mi cabeza la imagen hermosa de Andalucía, con su cielo de tonos fuertes iluminado por un sol ardiente y testarudo; con sus campiñas verdes, esmaltadas de troncos morenos, y de arenas rojizas; con sus ríos que se deslizan entre cañas y juncos, más que sacudidos, acariciados por un viento juguetón y cobarde; con sus altas montañas a cuyas faldas se abren las tiernas y olorosas flores del naranjo, mientras sobre su cima se extiende y brilla la cegadora blancura de perpetuas nieves; con sus pájaros, que cantan sobre las frondosas ramas de los árboles, y con sus hombres, que entonan sus penas a los acordes melancólicos de la guitarra; con sus rosas, con sus claveles, con sus jazmines y con sus violetas que adornan y perfuman aquellos pensiles sin término ni orden; y con sus mujeres, cubiertas por vestidos de vivos colores, pálidas, soñadoras y voluptuosas, que enamoran con el resplandor sombrío de sus pupilas y seducen con el pliegue lascivo de sus labios cuando sonríen.

Todo esto apareció delante de mis ojos, abocetado por una copa de Jerez, y hubo un momento, breve, y con esto excuso decir que feliz, durante el cual olvidé mis penas, mis angustias, el ansia infinita que consume y mata a cuantos vivimos la vida de la inteligencia en Madrid, para gozar de todos aquellos placeres y recorrer con el pensamiento aquellos campos llenos de aroma y aquel cielo pletórico de luz; para recrear mi oído con aquellos cantos henchidos de poesía y de pasión y extasiarme con las poéticas figuras de aquellas mujeres, construidas exprofeso para el placer, vírgenes soñadas por los poetas árabes y convertidas en realidad por la bondadosa y pródiga madre Naturaleza.

Tras de la primera copa vino la segunda, y después la tercera, y luego otra y otra, hasta que rendido mi cuerpo,

aletargado mi pensamiento y deshecho mi espíritu, caí de bruces sobre la mesa, empujando con mi caída la copa vacía, que se rompió en varios y desiguales pedazos al chocar contra el suelo desnudo de la estancia.

* * *

Cuando desperté estaba solo: la melancólica luz del crepúsculo penetraba por la ventana a medio cerrar; de tantas encantadoras imágenes no restaba más que un vaso roto, una botella vacía, una mesa desequilibrada y una pared llena de costurones y remiendos como la cara de un vicioso.

¿Qué fue aquello? Una borrachera para los que sólo ven la parte exterior de los sucesos, una defensa contra el destino para los que saben mirar dentro del alma; un poco de alegría con que endulzar las amarguras de mi existencia.

Alegría desaparecida, es cierto, pero que me es sumamente fácil resucitar.

¡Ojalá fuera tan fácil resucitar otras que han muerto para siempre y que hieren mi corazón con su memoria, como hirieron mi mano, al recogerlos, los cristales de la copa, donde brillaban pocas horas antes los dorados matices del Jerez!

Joaquín Dicenta



Joaquín Dicenta Benedicto (Calatayud, Zaragoza, 3 de febrero de 1862 - Alicante, 21 de febrero de 1917), periodista, dramaturgo del neorromanticismo, poeta y narrador naturalista español, padre del dramaturgo y poeta del mismo nombre y del actor Manuel Dicenta.

Estrenó su primer drama en 1888, gracias a la protección de Manuel Tamayo, y escribió numerosas novelas, cuentos y

piezas de teatro en prosa y verso. También escribió poesía, aún por recopilar y estudiar, y en su poema Prometeo de 1885 declaró ya su ateísmo. Tras un breve y frustrado matrimonio, la sociedad le marginó a causa de haberse unido a una mujer gitana, la bailaora andaluza Amparo de Triana, que abandonó la profesión para vivir con el altivo, independiente y pendenciero poeta. Su suerte cambió con el éxito internacional de su drama Juan José que, habiendo sido rechazado por la compañía de Ceferino Palencia y María Tubau, llegaría a ser una de las obras más representadas en España antes de la guerra civil. Así, el 11 de noviembre de 1895 recibió un homenaje de los literatos y periodistas madrileños. En 1889, Dicenta fundó con Ruperto Chapí la Sociedad de Autores, entidad precursora de la Sociedad General de Autores y Editores.